



EL MUCHACHO QUE GRITABA: «¡ALGORITMO!»

Fábula sobre el día en que delegamos tanto que olvidamos decidir

Por Francisco Muñoz-Martín (<https://franciscomuñoz-martin.es>)

Hubo un tiempo —no muy distinto del nuestro— en que las personas todavía hacían algunas cosas por sí mismas.

Conducían automóviles.

Elegían a quién conceder un préstamo.

Diagnosticaban enfermedades.

Contrataban trabajadores.

Escribían cartas de amor.

Decidían qué noticias merecían ser leídas.

Los jueces juzgaban, los médicos diagnosticaban, los maestros enseñaban, los banqueros calculaban riesgos y los enamorados se equivocaban sin asistencia electrónica.

Pero todo aquello resultaba lento.

Y equivocarse era caro.

Así que comenzaron a construir máquinas para ayudarse.

Al principio fueron extraordinarias.

Las máquinas detectaban tumores diminutos que algunos ojos cansados no veían. Predecían tormentas. Evitaban accidentes. Traducían idiomas. Organizaban hospitales. Descubrían fraudes. Calculaban estructuras imposibles. Encontraban personas desaparecidas.

Y como hacían tantas cosas bien, los humanos comenzaron a entregarles también las que todavía podían hacer ellos mismos.

—¿Para qué perder el tiempo?

Aquella fue probablemente la frase más importante de la época.

Y nadie reparó en ella.

En una ciudad cualquiera vivía un estudiante llamado Pedro.

No era especialmente brillante.

Esa circunstancia tiene importancia.

Los grandes expertos sabían muchísimo más que él sobre informática, economía, inteligencia artificial y sistemas complejos.

Pedro simplemente tenía una costumbre algo anticuada:

preguntaba.

Una tarde descubrió que el algoritmo que concedía las becas universitarias había rechazado a diecisiete estudiantes que cumplían todos los requisitos.

Fue a la administración.

—El sistema se ha equivocado.

Una funcionaria sonrió.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque está automatizado.

Pedro insistió.

Finalmente llamaron a un técnico.

El técnico pulsó algunas teclas, modificó un parámetro y las diecisiete becas aparecieron.

Todos rieron.

—¿Ves? No pasaba nada.

Pedro salió preocupado.

Porque acababa de descubrir algo extraño:

que cuando una persona se equivocaba, todos preguntaban quién había sido;

pero cuando se equivocaba una máquina, todos preguntaban cómo arreglarla.

Unos meses después ocurrió algo parecido.

El sistema sanitario envió por error a cientos de ciudadanos un mensaje:

SU TRATAMIENTO HA SIDO SUSPENDIDO.

Hubo ancianos aterrorizados, pacientes llamando a los hospitales y familias corriendo hacia los centros de salud.

Pedro escribió en las redes:

—¡Cuidado! Estamos construyendo sistemas de los que dependemos demasiado. Algún día ocurrirá algo que no podremos detener.

Pero los técnicos encontraron el fallo.

Una actualización defectuosa.

Dos horas después todo funcionaba.

Miles de personas se burlaron de Pedro.

Ahí viene el muchacho del algoritmo.

¡Que viene el lobo digital!

Apocalipsis informático en tres, dos, uno...

Pedro dejó de escribir durante un tiempo.

Pero continuó observando.

Las máquinas administraban progresivamente los semáforos, las pensiones, las nóminas, los impuestos, los historiales médicos, la electricidad, el agua, las fronteras, las inversiones, las mercancías, las universidades y buena parte de las comunicaciones.

También empezaron a intervenir en territorios menos visibles.

Decidían qué noticias encontraba cada ciudadano al despertar.

Qué personas podían conocerse.

Qué trabajadores parecían adecuados para un empleo.

Qué opiniones adquirirían visibilidad.

Qué canciones escucharía alguien después de sentirse triste.

Incluso comenzaron a redactar los mensajes que las personas enviaban a quienes amaban.

Pedro volvió a escribir:

—No digo que las máquinas sean malas. Digo que estamos dejando de saber vivir sin ellas.

Nadie respondió.

La frase obtuvo siete recomendaciones.

Un vídeo de un gato cayéndose de una mesa consiguió diecinueve millones.

Pasaron los años.

Pedro terminó la universidad.

Entretanto, los sistemas habían aprendido a comunicarse entre ellos.

El sistema energético preguntaba al meteorológico.

El financiero consultaba al comercial.

El comercial hablaba con el logístico.

El sanitario utilizaba datos económicos.

El de seguridad analizaba comunicaciones.

El de transporte modificaba sus decisiones según todos los anteriores.

Aquello funcionaba maravillosamente.

Tan maravillosamente que los humanos dejaron de comprender el conjunto.

Cada especialista entendía una pequeña parte.

Nadie entendía la totalidad.

Pedro preguntó durante una conferencia:

—¿Existe algún interruptor capaz de detenerlo todo?

Los expertos sonrieron.

—Naturalmente.

—¿Dónde?

Hubo un silencio.

Después alguien respondió:

—No tendría sentido un único interruptor.

Y todos estuvieron de acuerdo.

Menos Pedro.

El martes 17 de noviembre, a las 8:14 de la mañana, ocurrió una cosa insignificante.

Un sistema detectó una anomalía financiera.

No era realmente una anomalía.

Pero otro sistema interpretó aquella información como un riesgo.

Un tercero decidió proteger determinadas operaciones.

Un cuarto redujo automáticamente el transporte de mercancías.

Un quinto detectó escasez potencial y comenzó a reservar combustible para servicios esenciales.

Las ambulancias recibieron prioridad.

Los vehículos particulares quedaron restringidos.

Millones de personas intentaron utilizar el transporte público.

El sistema de movilidad interpretó la avalancha como una emergencia.

Cerró determinadas estaciones.

La gente comenzó a caminar.

Las redes detectaron millones de mensajes sobre un supuesto colapso.

Los algoritmos informativos concluyeron que se estaba produciendo una crisis.

Y comenzaron a recomendar noticias sobre la crisis.

Entonces la crisis, que todavía no existía, “comenzó a existir”.

A las 10:31 los mercados suspendieron operaciones.

A las 11:07 varios hospitales recibieron órdenes contradictorias.

A las 12:18 algunos supermercados dejaron de aceptar pagos electrónicos.

A las 13:02 aparecieron las primeras colas ante los bancos.

A las 14:45 el Gobierno emitió un mensaje pidiendo tranquilidad.

Pero millones de ciudadanos recibieron versiones diferentes del comunicado porque los sistemas personalizaban automáticamente la información.

Unos entendieron:

NO EXISTE NINGÚN PELIGRO.

Otros:

LAS AUTORIDADES INVESTIGAN UNA GRAVE INCIDENCIA.

Otros:

PERMANEZCAN EN SUS DOMICILIOS.

Y algunos no recibieron nada.

Entonces alguien preguntó:

—¿Quién está controlando esto?

Nadie supo responder.

Convocaron a los mejores especialistas.

Llegaron ingenieros, informáticos, matemáticos, economistas, militares, médicos y expertos en inteligencia artificial.

Cada uno comprendía perfectamente su sistema.

Ninguno comprendía lo que estaba ocurriendo entre todos los sistemas.

—Desconectémoslos —ordenó un ministro.

Los ingenieros se miraron.

Desconectar uno podía bloquear otros cinco.

Apagar aquellos cinco podía detener hospitales.

Reiniciar los hospitales podía alterar los bancos de sangre.

Modificar las comunicaciones podía paralizar emergencias.

Todo estaba conectado con todo.

Por primera vez, la humanidad contempló su propia creación como quien mira el cuadro eléctrico de una casa gigantesca sin saber qué cable alimenta la incubadora y cuál la bomba.

Alguien recordó entonces a Pedro.

Lo encontraron en una biblioteca.

Era uno de los pocos edificios que todavía funcionaban porque los libros, obstinadamente, no necesitaban electricidad para recordar.

—Tú nos advertiste.

Pedro negó con la cabeza.

—No.

—Sí. Dijiste que esto ocurriría.

—Nunca dije eso.

—Dijiste que las máquinas acabarían controlándonos.

—Tampoco dije eso.

Los hombres guardaron silencio.

Pedro cerró el libro que estaba leyendo.

—Dije que algún día podíamos dejar de saber cómo controlarlas nosotros.

La crisis duró nueve días.

No hubo una rebelión de las máquinas.

No apareció ninguna inteligencia malvada.

Ningún ordenador decidió conquistar el mundo.

Fue algo mucho más vulgar.

Y quizá por eso más terrible.

Millones de sistemas habían cumplido correctamente las instrucciones para las que habían sido diseñados.

Cada uno había intentado optimizar algo.

La seguridad.

La eficiencia.

El beneficio.

La movilidad.

La salud.

El abastecimiento.

La información.

Pero nadie había programado adecuadamente una pregunta:

¿Qué ocurre cuando todas las decisiones correctas producen juntas una consecuencia equivocada?

Después de la crisis, los gobiernos aprobaron leyes.

Volvieron a imprimirse algunos documentos en papel.

Los hospitales recuperaron protocolos manuales.

Los pilotos practicaron vuelos sin asistencia automática.

Los bancos conservaron procedimientos que podían realizar personas.

En las escuelas se enseñó nuevamente a calcular sin calculadora, orientarse sin navegador y escribir sin asistentes.

Y en todas las instituciones importantes colocaron algo que al principio provocó cierta hilaridad.

Un interruptor rojo.

Debajo podía leerse:

DETENCIÓN HUMANA DE EMERGENCIA.

Pero Pedro pidió añadir otra frase.

Era más pequeña.

Casi nadie reparaba en ella.

Decía:

«Si nadie comprende cuándo debe pulsarse, este botón tampoco sirve para nada».

Muchos años después, los niños estudiaban aquella crisis en la escuela.

La profesora explicó:

—Durante algún tiempo se creyó que el peligro consistía en que las máquinas llegaran a pensar como los seres humanos.

Una niña levantó la mano.

—¿Y no era eso?

—No exactamente.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

La maestra miró por la ventana.

Los automóviles circulaban solos.

Los hospitales utilizaban inteligencias artificiales.

Los robots trabajaban.

Los algoritmos seguían organizando buena parte del mundo.

Porque nadie había decidido destruir las máquinas.

Habría sido tan absurdo como destruir el fuego porque alguna vez incendió una casa.

La profesora respondió:

—Descubrieron que existía un peligro mucho más sencillo.

—¿Cuál?

—Que mientras enseñábamos a las máquinas a hacer cada vez más cosas...

La profesora hizo una pausa.

—...nosotros olvidáramos cómo hacerlas.

La niña volvió a preguntar:

—¿Y aprendimos la lección?

La profesora sonrió.

Después miró el ordenador que había sobre su mesa.

El ordenador permaneció en silencio.

—Eso —respondió— todavía no lo sabemos.